

Gramática y retórica aristotélicas, condiciones del algoritmo generador de textos*

Luis Núñez Ladevéze

Universidad CEU San Pablo

ladeveze@telefonica.net

Margarita Núñez Canal

Universidad de Nebrija

mnunezca@nebrija.es

Ignacio Álvarez de Mon Pan de Soraluze

Instituto de Empresa (IE Business School)

ignacio.alvarezmon@ie.edu



© de los autores

Fecha de presentación: febrero de 2024

Fecha de aceptación: mayo de 2024

Fecha de publicación: junio de 2024

Cita recomendada: NÚÑEZ LADEVÉZE, L.; NÚÑEZ CANAL, M. y ÁLVAREZ DE MON PAN DE SORALUCE, I. (2024). «Gramática y retórica aristotélicas, condiciones del algoritmo generador de textos». *Anàlisi: Quaderns de Comunicació i Cultura*, 70, 1-14. <<https://doi.org/10.5565/rev/analisi.3704>>

Resumen

Los estudios literarios de Aristóteles perduran a pesar de que la lingüística cartesiana negó que su autoridad pudiera servir de prueba científica. Fueron los mismos gramáticos quienes los validaron como prueba al reconocer la competencia lingüística del hablante. Comprobaron que la ambigüedad léxica, que algunos filósofos reprochaban como defecto del lenguaje cotidiano, obedecía al proceso de gramaticalización que Aristóteles explicó en sus trabajos sobre gramática, poética y retórica. El artículo enlaza la persistencia de la tradición retórica durante la modernidad con la automatización de los procesos mentales que alcanza, con el algoritmo ChatGPT, un punto culminante, para concluir, con Chomsky, que la máquina usa medios incalculables para emular la inconmensurable creatividad humana sin superarla.

Palabras clave: algoritmo; ChatGPT; retórica; gramática; eurocentrismo

* Proyecto nacional AlgorLit. Financiación MICIN, fondos europeos: *Conocimientos, actitudes y opiniones de la población española sobre los algoritmos de internet y diseño de Alfabetizaciones Algorítmicas Críticas (AlgorLit)*. PID2022-140183OB-I00.

Resum. *Gramàtica i retòrica aristotèliques, condicions de l'algoritme generador de textos*

Els estudis literaris d'Aristòtil perduren malgrat que la lingüística cartesiana va negar que la seva autoritat pogués servir de prova científica. Van ser els mateixos gramàtics els qui els van validar com a prova en reconèixer la competència lingüística del parlant. Van comprovar que l'ambigüitat lèxica, que alguns filòsofs retreien com a defecte del llenguatge quotidià, obeïa al procés de gramaticalització que Aristòtil va explicar en els seus treballs sobre gramàtica, poètica i retòrica. L'article enllaça la persistència de la tradició retòrica durant la modernitat amb l'automatització dels processos mentals, que assoleix, amb l'algoritme ChatGPT, un punt culminant, per concloure, amb Chomsky, que la màquina utilitza mitjans incalculables per emular la incommensurable creativitat humana sense superar-la.

Paraules clau: algoritme; ChatGPT; retòrica; gramàtica; eurocentrisme

Abstract. *Echoes of Aristotle: Grammar and Rhetoric, conditions of the text generation algorithm*

Aristotle's contributions to literary studies remain influential, notwithstanding the scepticism of Cartesian linguistics regarding his authority as a foundation for scientific evidence. It was the grammarians themselves who affirmed the significance of these studies by acknowledging the nuanced linguistic skill of the speaker. They discerned that the lexical ambiguity, critiqued by some philosophers as a flaw inherent to colloquial language, stemmed from the process of grammaticalization—a concept Aristotle elucidated in his treatises on grammar, poetics and rhetoric. This article draws connections between the enduring legacy of rhetorical tradition throughout the modern era and the culmination of mental process automation exemplified by the ChatGPT algorithm. Following Chomsky's insights, it argues that while the machine employs vast resources to mimic the boundless creativity of human beings, it does not surpass it.

Keywords: algorithm; ChatGPT; rhetoric; grammar; eurocentrism

1. Génesis del *eurocentrismo*, invenciones y descubrimientos en la modernidad

Independientemente de si se adopta una historia universal vista desde la mentalidad europea, la perspectiva de un *encuentro casual* del Viejo Mundo con el Nuevo Mundo coincide con acontecimientos que ocurren casi simultáneamente con el llamado *descubrimiento*. Algunos indican un final, como el del Imperio bizantino al caer Constantinopla en manos otomanas; otros, una singular retroacción renovadora, como el retorno de las artes al mundo clásico durante el Humanismo. Coinciden bruscamente con anuncios de novedades de efectos epistemológicos, como el del giro copernicano, o geoestratégicos, como el encuentro de regiones habitadas más allá del confín de la Tierra. La convergencia de estos avatares explica la «gran mudanza que caracteriza a esta época que llamamos Renacimiento», que produce invenciones invisibles, como la invención de América (O'Gorman, 1986: 46), o visibles, como el telescopio. Reparemos en que, a la vez que en los ambientes cortesanos se

recuperaba el clasicismo artístico del pasado, se iniciaba, acaso paradójicamente, el despojamiento de la coetánea filosofía griega, cuya recepción durante el Bajo Medievo contribuyó, no menos que el de las artes y las letras, a integrar el legado helénico y romano en la antesala ilustrada del Humanismo. Donde el espíritu crítico halla motivos para soliviantar la unidad cristiana no es en acontecimientos bélicos, como la disputa del Mediterráneo a los otomanos, o en el cambio de la tramoya cultural, como la recuperación de las artes y las letras grecorromanas, sino en la conflictiva vinculación de estos sucesos con las creencias seculares conmovidas al saber que desconocidas rutas oceánicas llegan a un nuevo mundo, y que una nueva ciencia sustitutiva de la aristotélica descubre un nuevo cosmos. Comienza el recelo al pasado, actitud que distingue a la modernidad iniciada y perdura hasta el presente como rasgo del autoexamen que rectifica a los fundamentos sociales.

La recuperación del clasicismo y la animadversión hacia un aristotelismo recién adoptado a través de los filósofos árabes, o la aventura previsible del paso de Occidente a Oriente por el cabo de Buena Esperanza, se entrecruzan con la gestación del espacio copernicano y el hallazgo de un *orbe nuevo*. Así lo denominó Pedro Mártir de Anglería (1989). Nada permitía prever que la busca de un rumbo ultramarino facilitara el lazo para el comercio de las especies para coincidir con la invención de una nueva imagen cósmica que acarrearía el rápido despojamiento de la representación ptolemaica del orbe, una representación secularmente admitida como descripción de la *terra cognita* bajo la cúpula celeste. La confluencia entre el cristiano cortesano y humanista con novedades que suscitan las expectativas de dominio y notoriedad, a la vez que siembran motivos de desconfianza hacia la adecuación del legado recibido, es el embrión donde se gesta la eclosión del criticismo radical eurocéntrico, el patrón donde engarza el progresismo entendido como una tarea de emancipación de las relaciones de servidumbre que de La Boétie examinó en su célebre *Discurso* (2010). Comienza el rechazo a una tradición que legitima las adherencias serviles y se da salida a la pretensión de construir una sociedad exenta de relaciones de dominio basada en principios humanitarios universales de libertad, igualdad y fraternidad. La zozobra se adueña de las mentalidades más cultivadas para pasar a ser inherente al proceso de rectificación del pasado que pugna entre acomodar la herencia de creencias o sumarse a la tarea de autodescomposición generada por una crítica progresiva que se auto-define progresista.

El relato de Pedro Mártir, primer historiador del *descubrimiento*, se anticipa a acoger el orden nuevo desde la perspectiva eurocéntrica de su novedad. Humanista refinado, afincado en la corte de Castilla y amigo de Colón, su obra expresa ya la colisión interna que supone admitir las novedades colombinas y el auge humanístico con los ideales cristianos de igualdad y fraternidad. Lo nuevo descubierto, la valoración artística del pasado clásico, el auge comercial y la vida de la corte contrastan con los principios que legitiman la tarea descubridora. El conflicto se abre paso al no poder conciliar los dispares órdenes que impulsan la invención, el descubrimiento y los ideales que se

dicen suscribir. Durante el largo plazo que enlaza la Modernidad a la globalización, el conflicto lleva a una profunda alteración de los valores pretendidamente universales que legitimaban su proceso. Al hacer posible la técnica occidental un mundo global de interacciones simultáneas, el sobreentendido universalismo de los supuestos del eurocentrismo naciente es interpretado por el progresismo crítico como un abuso colonial. Proclamando el relativismo multicultural, el eurocentrismo presenta como progresión haber socavado la universalidad de los valores transmitidos durante la colonización.

Confianza en que el ejercicio de la crítica lo desliga del objeto criticado, la complacencia eurocéntrica descompone esa presuposición de universalidad, compartida con la ciencia y la técnica que fueron aplicadas para afianzar la servidumbre colonial al imperio. El conjunto pasa a ser objeto principal de la crítica filosófica. El progresismo eurocéntrico se inmuniza frente a la crítica que desencadena, desligándose de sus aportaciones científico-técnicas y de la economía de producción en serie. No se percata de que su perspectiva crítica es tan eurocéntrica como la tarea colonizadora que critica, pues nace de su propio y singular criticismo. La ciencia y la técnica, en cambio, son objetivas y por ello transferibles a cualquier perspectiva vital que se disponga a aceptarlas.

El conocimiento científico inicia así la andadura. Su éxito práctico confirma su pretensión de autonomía respecto del legado de la pretensión universalista donde emerge. Es un pensamiento objetivo cuya verdad es transitoria, desvinculado de las tradiciones establecidas por el mundo cultural que lo engendra. Esta invención muestra tanto su independencia de doctrinas filosóficas como ser compatible con la floreciente disgregación de disidencias que dividen el tronco cristiano en diversos modos de interpretarlo. La religión unificadora «de una visión del mundo (la visión cristiana del mundo), al hacerla moderna de esta suerte» (Heidegger, 1969: 69) resulta ser fuente de conflictos internos; la ciencia, en cambio, prueba su adecuación descriptiva y explicativa, porque su eficacia está al alcance de cualquiera, unifica y comparte sus logros discutiendo criterios desde su propia intensidad autocrítica e inventando instrumentos que amplían o focalizan el campo de observación sensorial. Lo observable es un criterio inapelable, común a todo el que esté presto a comprobar a través de las invenciones que amplifican el alcance de los sentidos, especialmente la vista. El objetivo del microscopio abre el ojo a una percepción independiente de y accesible a cualquier mirada que, como decía Sócrates en *Crátilo*, sepa mirar lo que ve:

[...] «anthropos» significa que los demás animales no observan nada de lo que ven, ni razonan, ni examinan con atención; pero el hombre, a la vez que *ha visto*, examina con atención y razona sobre lo que ha visto. De ahí que entre los animales solo el hombre haya sido denominado «hombre» porque *reflexiona sobre lo que ha visto*. (399c1-6)¹

1. δὲ ἄνθρωπος ἄμα ἐόρκεν -τοῦτο δ' ἐστὶ «ὄπωπε»- καὶ ἀναθρεῖ καὶ λολίζεται τοῦτο δὲ γίγνεται τὸ ἡρωικὸν φύλον [...] ὀνομάσθη, ἀναθρῶν ἃ ὄπωπε.

Es lo que importa retener para comprender cómo prende el criticismo eurocéntrico en la conjunción ¿casual? de descubrimiento e invención durante el Renacimiento. Lo novedoso de la astronomía copernicana no reside en la crítica al pasado, sino en que no es una invención fantasiosa, como pueda serlo *El viaje quimérico a la Luna*, de Dominique Gonzales, o el de Bergerac, ejemplos de la naciente imaginación quimérica que siembra la fantasmagoría humana de productos técnicos y utopías sin ubicación, que expresan un nuevo modo de fantasear que sustituye al mundo imaginario de las caballerías y las mitologías. Buscar cristianos en la Luna para acabar encontrándolos, sin percatarse de donde los halla, en Italia. Nace una nueva forma de imaginar el espacio abierto por Copérnico.

Contra lo presupuesto por la crítica, la nueva ciencia enlaza directamente con el *logos* griego y no rompe con todo el aristotelismo. El nuevo conocimiento europeo rompe, ciertamente de modo abrupto, con el rigorismo conceptual del escolasticismo aristotélico tardío y establece condiciones de continuidad con las mismas reglas de la ciencia griega. Es una ruptura con la metafísica y la física aristotélica, invalidadas por Copérnico y sus seguidores, pero no con sus reglas de conectar la razón con los sentidos. De aquí que Descartes, a cambio de disciplinar la inventiva teórica a través del método de comprobación y refutación de la realidad percibida, prescindiera del rigorismo de las definiciones escolásticas, del que también se quejan Spinoza, Hobbes y Bacon. Escribe que su «método permite a un ingenio mediocre hallar en sí mismo todo lo que puedan *inventar** los más sutiles» (2011: 81). Descartes renueva el sensualismo aristotélico aportando una nueva apreciación que quedaba fuera del alcance del saber peripatético: la investigación escrutadora va más allá de la nuda aprehensión sensible, requiere la mediación instrumental que prolongue el campo empírico disponible a los nudos sentidos. Es un neonaturalismo que se separa del aristotélico en que este, por haberse entregado ingenuamente a la lectura directa de los sentidos, era más especulativo que empírico. La nueva ciencia no rompe, refuerza más la dependencia sensible apelando a la potencia de los inventos técnicos para ampliar el campo de conocimiento mediante nuevos artilugios que prolongan el alcance sensorial.

2. La nueva gramática transfiere la autoridad eurocéntrica a la prueba empírica

Contra lo que la crítica eurocéntrica reprocha, esta discrepancia no implica en su origen una ruptura con la tradición social. Descartes tenía bastante conciencia de hasta dónde habría que llevar el espíritu de la duda. En el *Discurso* escribe:

[...] no sería en verdad sensato que un particular se propusiera reformar un Estado cambiándolo todo desde los cimientos, y derribándolo para enderezarlo [...]. Estos grandes cuerpos políticos es muy difícil levantarlos una vez que han sido derribados, o aun sostenerlos en pie cuando se tambalean, y sus

caídas son necesariamente muy duras [...] en lo tocante a sus imperfecciones, si las tienen [...], el uso las ha suavizado mucho, sin duda, y hasta ha evitado o corregido insensiblemente no pocas entre ellas, que con la prudencia no hubieran podido remediarse tan eficazmente. (2011: 111)

Más precavido que algunos seguidores, se le fue, no obstante, de las manos su recurso a la duda, al separar tajantemente la *res cogitans* de la *res extensa*. La división presentaba un problema que no hubo forma de resolver. ¿De dónde y cómo emerge la *res cogitans*? Descartes, poco escrupuloso con su propio método, acudió a la epifisis de Galeno para rescatar de la antigüedad griega la ubicación de la *glándula pineal* (López-Muñoz et al., 2012: 161-168). Aunque solo fuese una hipótesis, tampoco se interesó por la glándula. Si la *res cogitans* no tiene continuidad con la *extensa*, ¿cómo es posible que un niño adquiera conciencia de sí y no esté en condiciones desde que nace de salir de dudas sin conciencia de tenerlas? Aristóteles observó que el individuo no es autárquico (1951: 1253a26), sino que es dependiente desde que nace. Lo que distingue a una *res cogitans* pura, separada de una *res extensa* mecánica, es la autarquía, la independencia corporal. ¿Dónde prende esta autonomía en un recién nacido que no habla y necesita aprender a tener conciencia de sí mismo? La respuesta no puede ser la *res cogitans*. Platón y Aristóteles compartían el dualismo cartesiano, pero no su oposición en dos naturalezas, sino su conjunción en una sola.

Hay razones para aceptar su unidad. La principal es que ni el monismo materialista ni el dualismo cartesiano pueden dar explicación alguna. El materialismo no puede explicar cómo «la materia puede pensar» (Leibniz, 1977: 74) una significación inmaterial. Leibniz responde «que el espíritu tiene facultades no solo pasivas sino activas» (Leibniz, 1977: 84). El dualismo cartesiano no puede explicar cómo prende la excogitación pura en un ser corporal, de modo que el niño aprenda a excogitar. Los lingüistas de Port Royal, tenidos a sí mismos por cartesianos, se inspiraron en su obra, pero rechazaron la distinción principal: el dualismo infranqueable que desune la lengua de la vida corporal. No inventaron una gramática pura excogitable, sino que estudiaron cómo era posible una gramática de andar por casa con la lengua aprendida en la casa. El plan de ataque no era distinto del platónico o el aristotélico. No se plantearon construir un lenguaje puro, ideal, sino cómo se puede generar el lenguaje efectivo en la vida. Discutieron a Aristóteles porque le habían convertido en autoridad indiscutible. Aristóteles mismo no aprobaría ser indiscutible, porque discutió a su maestro Platón cuanto pudo: *amicus Plato sed magis amico veritas*². Había sobrados motivos para discutir a Aristóteles. Los estudios analíticos de la metafísica y la física de las formas sustanciales aristotélicas no estaban en condiciones de saltar por los océanos. Hubo

2. Frase no literal que se debe a Amonio y que coincide con el texto en que Aristóteles antepone el acuerdo con la verdad al acuerdo con la amistad, en especial si se es filósofo (*Ética a Nicómaco*, 1096 a, 13-15).

que esperar al Renacimiento para descubrir nuevas tierras y completar la circunnavegación en un viaje desproporcionado para los navíos de la época. *Primus circumdedisti me* celebró Carlos I a Elcano, que empleó tres años en circundarlo.

Los presuntos descubridores no se percataron de que también los descubiertos descubrieron a los que a sí mismos se llamaban *descubridores*. El descubrimiento o era recíproco o no era. La visión del mundo a través de los ojos europeos, convencidos de que habían descubierto un nuevo mundo, era un modo de mirar nada platónico, donde no basta que uno sepa que ve a otro cuando le mira, también tiene que saber que cuando mira a alguien de frente suele ser visto por el mirado. Platón aseguró que, al contrario, el hombre se distingue de los animales porque sabe cuando ve, por eso se llama hombre³ (*Crat* 399c4). Ser visto por el mirado implica que es la mirada del cuerpo la que mira y la del alma la que lo sabe, porque ni el alma ni el saber ocupan lugar.

El lector sutil advertirá que es el antecedente del *cogito ergo sum*. Como Platón no escribía en latín como Descartes, no necesitaba probar que existía cuando miraba y no puso *ergo*. Otro tanto ocurre con el lenguaje y la escritura: el cuerpo habla o escribe lo que el alma sabe, pero el alma no puede escribir por sí sola. Esto Aristóteles sí lo dejó claro. El lenguaje es una técnica del alma ejecutada por un cuerpo que habla o escribe. Eso es justamente lo que significa que el símbolo es arbitrario como discutió Platón en el *Cratilo* y aclaró Aristóteles sin molestarse en discutir lo que consideró una obviedad tras haberlo escrito Platón. «El nombre es un sonido vocal significativo por convención»⁴. No plantea si «posee rectitud natural», como Platón, lo descarta por probado. Si los símbolos son por convención, no son naturales. Los sonidos son símbolos de las afecciones del alma y lo escrito (*grafomena*), una duplicación de la *foné* (*De int.* 16a 4). Se anticipa a la lingüística moderna al concebir el signo como una convención arbitraria y la escritura como un artificio que duplica el habla para conservarla fuera del espacio natural. Los actuales emoticonos duplican la gestualidad corporal para representar, dicho en términos platónicos, «afecciones anímicas» (Cantamutto, 2017: 337-352).

Religadas en la gestualidad corporal, la retórica y la poética aristotélicas son modos de saber el alma lo que el cuerpo habla o escribe. Los gramáticos de Port Royal no desplazaron la poética ni la retórica aristotélicas. Si por cartesiano se entiende la escisión entre *res cogitans* y *res extensa*, la gramática de Port Royal no fue estrictamente cartesiana. No separó el lenguaje de su expresión sensible. Para el mecanicismo cartesiano estas reglas tendrían que ser mecánicas. Desde la perspectiva de la *res cogitans*, las reglas traducen procesos del pensamiento en lenguaje, como decían Platón y Aristóteles, por lo que no podían serlo. Su respuesta fue que los procesos sintácticos podían explicarse si se presumía que obedecían a una capacidad operativa predispuesta para el aprendizaje. Como somos «innatos a nosotros mismos» disponemos de una

3. ἀνθρώπους οἷον ἐν καταγείῳ οἰκῆσει σπηλαιώδει (*Rep* 514 a3).

4. Ονομα μὲν οὖν ἐστὶ φωνῆ σημαυτικῆ (*De int.* 16a 19).

«facultad de pensar», escribió Leibniz en el prefacio a su *Nuevo tratado sobre el entendimiento humano* (1977: 74). El niño aprende a hablar del mismo modo que a vivir. El innatismo vital se vale por sí mismo para andar y socializar al niño en compañía de otros.

La lingüística cartesiana era tan racionalista como Platón y Aristóteles y dejó de ser aristotélica en el mismo sentido y con la misma firmeza con que Aristóteles dejó de ser platónico. No reconoció el argumento de autoridad como guía de su propia doctrina.

Lo distintivo de la nueva ciencia empírica es que interrumpe la continuidad del saber aristotélico reestablecido a través de los sabios islámicos y utilizado por Tomás de Aquino para fraguar la conformidad entre fe y razón. Al rechazarse la autoridad aristotélica solo se admite como prueba lo que obedece al procedimiento de control de la experiencia, que era por lo que pugnaba Aristóteles. «El conocer se instala a sí mismo como proceso en un dominio del ente de la naturaleza o de la historia [...] se garantiza el proceder dentro del dominio de ser de su campo de objetos» (Heidegger, 1969: 69). Asegura su autoridad sustituyendo las fuentes de autoridad establecidas por la tradición por la comprobación empírica unificando, con sus invenciones técnicas, procedimientos de comprobación, y desincentivando los supuestos doctrinales y filosóficos del ambiente social. Las demás fuentes de autoridad quedan desvinculadas del único procedimiento que garantiza con su eficacia el dominio de la experiencia. La desautorización de Aristóteles no implicó que estuviera equivocado, sino que no valiera como argumento su autoridad en aquellos campos descubiertos por invenciones, como el microscopio o la brújula, en los que su propio método de comprobación empírica contradecía sus razonamientos. Como adelantó Sánchez de las Brozas:

Se ha de dar razón de todas las cosas, incluso de las palabras [...] el uso no se cambia sin la razón [...] por mucha autoridad que para mí tenga un gramático, si no prueba lo que ha dicho por medio de la razón y ofreciendo ejemplos, no me inspirará confianza. (1976: 45 y 46)

Los análisis aristotélicos valían, no por su palabra, sino porque fueran empíricamente probados. Su propuesta de que la mente es una *tabula rasa* y el aprendizaje se inicia a través de la percepción sensible podía someterse a prueba. Leibniz consagró la síntesis racionalista frente a la empirista al escribir *nisi est in intellectus quod prius non fuerit in sensu, nisi intellectus ipse* (1977: 104). La solución que ofrece Port Royal es el innatismo de una facultad, no el idealismo de un lenguaje desambiguado. De aquí que la gramática aristotélica, base de la poética y la retórica, no fuera desautorizada por la devaluación del principio de autoridad. Basta entender la línea de congruencia que liga la noción de gramática del *De Interpretatione* (Aristóteles, 1980) y la anticipación del principio de economía gramatical en las elecciones estilísticas expuestas en la *Retórica* y la *Poética*, para establecer una continuidad entre el racionalismo platónico aristotélico y el racionalismo de la gramática cartesiana.

Ambos se fundan en el mismo modo de entender el *logos* argumentativo en la distinción entre alma y cuerpo. Se separan en el innatismo racionalista que profesan Port Royal y Chomsky. Su objeción a la *tabula rasa* conductista se centra en que, si es explicada solo como un estímulo material, no puede germinar un efecto mental. Dicho con Leibniz «no se comprende como la materia puede pensar» (1977: 74), cómo puede el hombre inventar o fabricar artilugios que la naturaleza no produce si no es porque tiene alguna propiedad, competencia diferencial que no se explica más que como hipótesis de un atributo específico. Esta confianza prende sobre la desconfianza en el servicio que prestan los sentidos al reducir la experiencia a la apariencia de lo que queda ante su alcance. Establece como árbitro el control metodológico del uso de los instrumentos técnicos que amplían la capacidad allende los sentidos. El nuevo conocimiento entiende que la nuda aceptación de la materia a través de lo sensible era la principal limitación del naturalismo y la física aristotélicas. Alentada por esta ampliación novedosa de la experiencia sensible a través de los instrumentos que inventa, la imaginación occidental promueve utopías que anticipan artilugios y describe viajes siderales donde antes habitaba la mitología.

3. Permanencia del *trivium* y transferencia al algoritmo de IA

El corolario de esta permanencia de la retórica y la poética a través de la gramática se conviene actualmente en que las simulaciones artificiales de la comunicación humana no sustituyen, sino que imitan los principios básicos de la comunicación, la gramática y los textos, y no las suplantán como algunos parecen creer. La reciente novedad de inteligencia artificial simuladora del lenguaje, lejos de poner en cuestión la vigencia de las artes comunicativas, ratifican el vigor adquirido durante casi tres milenios y la imposibilidad práctica de que puedan sustituir a las normas gramaticales aprendidas en el espontáneo adiestramiento doméstico utilizado para comunicarse socialmente, que es el lenguaje emulado por el ChatGPT y en las traducciones de textos. Los procedimientos de redes neuronales (López Pereira, 2019) y las combinaciones estadísticas selectivas de ejemplos pragmáticos (Casacuberta y Peris, 2017) sustituirán a los profesionales, aunque los guionistas de Hollywood vayan a la huelga o los traductores sigan empleándose en las revistas de revisión por pares. La motivación económica acelera la automatización hasta el punto de que la innovación da lugar a mecanizar lo que parecía exclusivamente reservado a la tarea intelectual (Trujillo, 2009).

Retórica, poética y gramática compusieron el *trivium* medieval. La gramática era el presupuesto de ambas. La retórica y la poética persisten actualmente gramaticalmente reguladas como formas expositivas para dirigirse a distintos auditorios. La poética adiestraba sobre los modos narrativos para entretener. Su supervivencia también se explica porque la condición de la vida humana es narrativa y la historia es objeto de una narración. Los modos narrativos actuales, cinematográficos o teatrales, expresan, como dice Ortega

y Gasset, que la historicidad es narrativa, progresa y retrocede (2003: 105). Los procedimientos actuales son análogos a los de la poética aristotélica. Esto resulta posible no solo porque la narración sigue siendo un modo de contar el testimonio de un protagonista, sino también porque, aunque estos testimonios están escritos en lenguas maternas de épocas distintas, pueden ser traducidos en las nuestras, siempre que se cumpla la condición de que se conozcan las reglas gramaticales en las que estaban escritos. Otro tanto ocurre con la retórica como arte de persuadir a un auditorio. La condición que cumplen las máquinas productoras de textos es justamente que cumplan la misma gramática que ha de cumplir todo texto narrativo para ser comprendido por un espectador o un lector. No construyen una gramática ideal ni una retórica sublime, sino que imitan las reglas de construcción de las gramáticas aprendidas por los niños y desarrolladas por las funciones retóricas. En la situación doméstica o familiar, en las tareas acostumbradas de las circunstancias cotidianas, basta con atenerse a las reglas gramaticales, aunque, como Monsieur Jourdain, no sepamos que las cumplimos.

Desde la *Poética* y la *Retórica* aristotélicas hasta la actualidad, la literatura, teatral o narrativa, refleja en la ficción la mimesis de la vida cotidiana. Han propiciado el canon de las reglas ocultas de la gramática que aseguran la claridad en las peores condiciones, es decir, cuando hay grandes diferencias de conocimiento entre unos hablantes y otros. Aunque la lengua hablada espontáneamente sea incorrecta, al contrario que la escrita, que suele rectificarse mientras se escribe, la gramática es la misma. Son las posibilidades de reversión de la escritura las que capacitan para expresar canónicamente la normativa gramatical. La dificultad para expresarse con claridad procede de la especialidad del conocimiento. Si la claridad es la cortesía del filósofo o del científico, como dice Ortega, lo que se precisa para mantener la cortesía es que los científicos se plieguen cuanto puedan a las reglas gramaticales comunes a todos los usuarios de su lengua y eviten su léxico particular en lo posible. Así escribían Galileo y Newton. Los actuales procesadores de textos disponen de mecanismos de aviso para asegurar la corrección gramatical como condición *sine qua non* de la claridad. Es un índice de la vigencia de reglas de comprensión mutua, cuya correcta aplicación facilita la tecnología informática.

La gramática es el arte de hablar correctamente. *Ars recte loquendi* la llamaban los latinos. Quintiliano define la gramática como *recte loquendi scientia* (1887, 1.4.29). Sus propiedades son «claridad, corrección y elegancia» (*Id* 1,4,2), pues la «elegancia» es una elección estilística. Las tres propiedades pueden integrarse en que la gramática es norma de corrección y estilo, no porque la Academia lo diga, sino porque, siendo la lengua instrumento de todos, el uso de todos decide el criterio último de claridad hablada o escrita que posibilite, a quien adquiere nueva experiencia y conocimiento, transmitirlo al que lo desconoce. Lo que la Academia expresa es la regla de corrección que nos damos a la que la máquina coopera.

La regla es material de la retórica, el *ars bene dicendi*. La retórica asume que el conocimiento verdadero es tan complejo y sutil que reconocerlo también es

complicado. A todos interesa ajustarse públicamente a la verdad para saber a qué atenerse en la disputa simplificando riesgos imprevisibles en la exposición. Decía Aristóteles que aceptar que «la verdad y la justicia son más fuertes que sus contrarios» (1953: 1355a 21-24) evita al orador el riesgo de incurrir en incongruencias. Como si se anticipara a la topología moderna, la propuesta aristotélica aseguraba la comprensibilidad de la información nueva sin eliminar la dificultad de reconocer el conocimiento verdadero, ya que reconocerlo o no depende de los más diversos propósitos, intereses, patologías e intenciones de los interlocutores. La continuidad del *trivium* vino acumulando una experiencia secular de enseñanzas y ejercicios para encauzar el arte del orador a una estrategia al servicio de la comunidad que no arraigue en la simulación, el embaucamiento o la martingala o, como se dice ahora, la posverdad.

Paradójicamente, en un entorno donde el multiculturalismo, la posverdad y la desinformación conviven con la unitaria enciclopedia del mundo en internet, regresan las tribus por las redes (Blanco, 2020) para imponer sus fueros identificativos. Como dice Bauman en su obra póstuma (2017: 54 y s.), la opinión doctrinal es solo un servicio prestado a los correligionarios. La sofisticada y la verborrea demagógicas se exhiben hasta el punto de que hasta el *terraplanismo* prearistotélico encuentra espacio en el entorno global y propagandístico de la red. De los viejos principios queda, sin embargo, la reserva vital del arte de la retórica, asidero de una artesanía espiritual constantemente renovada, revisada y adaptada por los estudiosos para esparcir un ambiente cultural que facilite distinguir la opinión veraz y fundada de la arbitraria y mendaz.

4. Conclusión: de los motores de traducción al ChatGPT

Obsérvese que el éxito de los motores de traducción se basa en la gramática de la lengua cotidiana y en imitar la redacción de los grandes escritores y retóricos. Por eso la traducción automática se encaminó a generar el lenguaje como se practica en la vida corriente⁵. El modelo de aprendizaje de la máquina es la conducta del habla cotidiana, no al revés (Dörr y Hollnbuchner, 2017). «La producción de algoritmos procede de la simulación del cerebro humano [...] Los robots cognitivos llegan a abordar la incertidumbre de la situación natural» (Kirley, 2016: 20). Esto se aplica igual a la simulación escrita, cuando se la dedica a construir narrativas, lo que plantea problemas para detectar las responsabilidades contraídas en las informaciones periodísticas, para atribuir o no derechos de autor a la máquina (Lacruz, 2020), o sobre los reparos de incrustar patrones de simulación del comportamiento humano que pueden favorecer la eficacia en las estrategias de publicidad y de *marketing* empresarial (Vilaseca y Morales, 2021).

El 10 de marzo de 2023, en plena estampida de la nueva herramienta de inteligencia artificial ChatGPT, el filósofo y director de inteligencia artificial

5. Para información y bibliografía actualizada, véase el proyecto MTUOC: <<https://github.com/aoliverg/MTUOC-project/wiki/Publications>>.

en Oceanit, Jeffrey Watumull, el profesor Ian Roberts, de la Universidad de Cambridge, y el afamado lingüista Noam Chomsky firmaron un artículo en el *New York Times* en el que examinaban las ventajas y los defectos del nuevo sistema de redacción de textos denominado ChatGPT, una invención llamada a tener resultados inesperados, por lo que suscita inquietudes sobre las consecuencias de su funcionamiento. Sin embargo, esta preocupación no tiene nada de nueva. Los avances técnicos siempre han suscitado recelos, porque las ventajas de su uso van aparejadas a inconvenientes manifiestos. Este recelo remonta a los comentarios que Platón dedicó al invento de la escritura en su diálogo *Fedro* (2010). El ChatGPT es un sustituto artificial de la escritura, o sea, una derivación, secuela o consecuencia de que la escritura sea, a su vez, un sustituto artificial del habla oral, es decir, un producto de la tecnicidad humana, dicho en términos de Ortega y Gasset, una derivación tecnológica por la que una máquina usa la gramática que utiliza un redactor, el cual se sirve de la escritura para utilizar la gramática que usa un hablante. La constatación de que la escritura reemplaza artificialmente al habla y el ChatGPT reemplace artificialmente al redactor los vincula internamente. Lo decisivo del Chat no es que sustituya al redactor, sino que no sustituye a la gramática ni a la capacidad retórica de los hablantes. Y la cuestión que plantean los firmantes es si un robot puede generar una gramática más perfecta que la gramática procesada por la interacción retórica de las mentes humanas. Concluyen que la gramática no es sustituible, porque procesa con un mínimo de recursos un conjunto de elementos limitados para obtener resultados inabarcables. Una gramática va de la memoria limitada a la producción innumerable. Parafraseando a Humboldt, «can make “infinite use of finite means”» (Humboldt, 1991). La inteligencia artificial se aproxima en su imitación cada vez más a la gramática y a la retórica, no las sustituye.

También concluyen que el robot es incapaz de ofrecer juicios morales, pues no razona moralmente, repite acríticamente tanto lo posible como lo imposible, iguala todas las disposiciones morales sin juzgarlas. Justamente la función de la retórica aristotélica y el motivo de que perdurase secularmente radica en que tenía y tiene por función exponer ante un auditorio, para poder juzgar públicamente, el ejercicio racional y crítico de un producto discursivo a cuya artesanía intelectual subyace una gramática presupuesta.

La equiparación del lenguaje artificial al humano se basa en un malentendido. Los limitados recursos de que dispone la mente para generar ilimitadamente ideas, funciones y textos, así como la ilimitada capacidad combinatoria de la máquina sin restricciones de memoria, son disímiles e inconmensurables entre sí. La robótica del texto puede ser tanto un instrumento para el arte de la retórica como para su perversión. Al igual que ocurre con la energía atómica y con la escritura, su utilidad es un problema moral inaccesible a la máquina. Encauzar la artesanía retórica a distinguir la verdad del error, servir a lo verdadero no al engaño, tiene sentido hoy más que lo tuvo ayer.

Referencias bibliográficas

- ARISTÓTELES (1951). *Política*. Edición de Julián Marías y María Araújo. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (CEPC).
- (1953). *Retórica*. Edición de Antonio Tovar. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (CEPC).
- (1970). *Ética a Nicómaco*. Edición de Julián Marías y María Araújo. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (CEPC).
- (1971). *Poética*. Edición de Valentín García Yebra. Madrid: Gredos.
- (1980). *Sobre la interpretación*. Valencia: Teorema.
- BAUMAN, Z. (2017). *Retrotopía*. Barcelona: Paidós.
- BLANCO ALFONSO, I. (2020). «Posverdad, percepción de la realidad y opinión pública». *Revista de Estudios Políticos*, 187, 167-186.
<<https://doi.org/10.18042/cepc/rep.187.06>>
- CANTAMUTTO, L. (2017). *Estrategias pragmáticas de la comunicación por SMS en español bonaerense* [Tesis doctoral]. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, 337-352.
- CASACUBERTA, F. y PERIS, A. (2017). «Traducción automática neuronal». *Revista Tradumàtica. Tecnologies de la Traducció*, 15, 66-74.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tradumatica.203>>
- CHOMSKY, N., ROBERTS, I. y WATUMULL, J. (2023). «The False Promise of ChatGPT». *The New York Times* (8 de marzo). Recuperado de <<https://www.nytimes.com/2023/03/08/opinion/noam-chomsky-chatgpt-ai.html>>.
- DE LA BOÉTIE, É. (2010). *Discours de la servitude volontaire*. Recuperado de <<https://bit.ly/33AIo3A>>
- DESCARTES (2011). *La investigación de la verdad por la luz natural*. Madrid: Complutense, 73-96.
- *Discurso del método*. Madrid: Gredos, 97-152.
- DÖRR, K. N y HOLLNBUCHNER, K. (2017). «Ethical Challenges of Algorithmic Journalism». *Digital Journalism*, 5 (4), 404-419.
<<https://doi.org/10.1080/21670811.2016.1167612>>
- HEIDEGGER, M. (1969). *Sendas perdidas*. Madrid: Aguilar.
- HUMBOLDT, W. von (1991). *Escritos sobre el lenguaje*. Barcelona: Península.
- HUTCHINS, J. (2007). «Machine Translation: A concise history». En: C.S. WAI (ed.). *Computer Aided Translation: Theory and Practice*. Chinese University of Hong Kong. Recuperado de <<https://bit.ly/3ScpFHc>>
- (2009). *Multiple Uses of Machine Translation and Computerised Translation Tools*. International Symposium on Data and Sense Mining, Machine Translation and Controlled Languages.
- KIRLEY, E. A. (2016). «The Robot as Cub Reporter: Law's Emerging Role in Cognitive Journalism». *European Journal of Law and Technology*, 7 (3). *Deakin Law School Research Paper*, 17-18. Recuperado de <<https://ssrn.com/abstract=2952151>>
- LACRUZ, M. L. (2020). «Robots y derecho de autor: La posibilidad de una autoría cibernética». *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, 4, 595-646.
- LEIBNIZ, G. (1977). *Nuevo tratado sobre el entendimiento humano*. México: Porrúa, 54-382.
- LÓPEZ-MUÑOZ, F., RUBIO, G., MOLINA, J. D. y ALAMO, C. (2012). «La glándula pineal como instrumento físico de las facultades del alma: Una conexión histórica persistente». *Neurología*, 27 (3), 161-168.
<<https://doi.org/10.1016/j.nrl.2011.04.018>>

- LÓPEZ PEREIRA, A. (2019). «Traducción automática neuronal y traducción automática estadística: Percepción y productividad». *Revista Tradumàtica: Tecnologies de la Traducció*, 17, 1-19.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tradumatica.235>>
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, P. (1989). *De Orbe Novo Decades*. Traducida *Décadas del Nuevo Mundo: Crónicas y memorias*. Madrid: Polifemo.
- NÚÑEZ LADEVÉZE, L. y NÚÑEZ CANAL, M. (2024). «Adán fuera del paraíso: de Von Uexküll al coloquio de Darmstadt». *Revista de Estudios Orteguianos*, preprint.
- O’GORMAN, E. (1986). *La invención de América: Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. 2.^a ed. México: FCE.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2003). *La rebelión de las masas*. Madrid: Tecnos.
- PLATÓN (1988). *Crátilo* [bilingüe]. Versión de Ute Schmidt. México: UNAM.
- (2010). *Fedro* [bilingüe]. Madrid: Akal. Recuperado de <<https://bit.ly/3wdGFnF>>
- QUINTILIANO (1887). *Instituciones oratorias*. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando y Cía. Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/instituciones-oratorias--0/html/fffbc2d6-82b1-11d1df-acc7-002185ce6064_41.html>
- WAY, A., ROTHWELL, A. y YOUNDALE, R. (2023). «Per què més traductors literaris haurien d’adoptar les tecnologies de la traducció?». *Revista Tradumàtica. Tecnologies de la Traducció*, 21, 87-102.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tradumatica.344>>
- SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, F. (1976). *Minerva o de la propiedad de la lengua latina*. Madrid: Cátedra.
- TRUJILLO, A. (2009). *Translation Engines: Techniques for Machine Translation*. Londres: Springer-Verlag.
<<https://doi.org/10.1007/978-1-4471-0587-9>>
- VILASECA, D. y MORALES, S. (2021). *De Silicon Valley a tu negocio: Innovación, data e inteligencia artificial*. Pozuelo de Alarcón: ESIC Editorial.